

Historia

COMO UN CADAVER

LA OBEDIENCIA SEGUN SAN IGNACIO

Estamos en el Cuarto Centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola (Roma 31 de Julio de 1556). De ello habló SIC en su editorial del mes pasado y es natural, que, a través de estos meses, estudiemos algunos aspectos del polifacético Fundador de la Compañía de Jesús. Su figura sigue siendo de actualidad y el estudio de su carácter despierta crecido interés por su calidad y por el material abundante que ofrece al estudioso. En este artículo quiero fijarme en un aspecto parcial de su doctrina sobre la Obediencia que forma como la base de su Instituto y que, por malicia o ignorancia, ha sido deformada.

Un hecho curioso.- Varias veces me ha sucedido que, al hablar de San Ignacio, el interlocutor, como sintetizando su espíritu, me ha salido con la frase: COMO UN CADAVER. Y ya se sabe a dónde se apunta; a una frase familiar al Capitán Loyola cuando exponía el tema del tercer voto religioso, la Obediencia. Sabido es que el Fundador de la Compañía aspiró a que fuese esta virtud de la Obediencia, el distintivo del Cuerpo que creó y puso al servicio de la Iglesia. No oculta su propósito. En el prólogo de la Carta de la Obediencia, magnífica síntesis de la doctrina y de sus ideas en el particular, estampa estas palabras: "Y aunque en todas virtudes y gracias espirituales os deseo toda perfección, es verdad (como habréis de mí oído otras veces) que en la obediencia más particularmente que en ninguna otra, me da de-

seo Dios nuestro Señor de veros señalar... En otras religiones podemos sufrir que nos hagan ventajas en ayunos y vigiliass y otras asperezas que, según su Instituto, cada una santamente observa, pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios Nuestro Señor y que en esto se conozcan los hijos verdaderos de ella; nunca mirando la persona a que se obedece, sino en ella a Cristo Nuestro Señor por quien se obedece".

No puede expresarse el pensamiento con más claridad. Pero en el desarrollo de sus ideas para indicar hasta dónde debía llegar la sumisión del súbdito al mandato del Superior echaba mano, sobre todo, de dos comparaciones clásicas en la literatura ascética. Así nos lo dice su fiel Secretario Polanco: "Desea en los de la Compañía una resignación de sus propias voluntades y una indiferencia para todo lo que les fuera ordenado, lo que suele significar por un bastón de viejo que se deja mover a toda voluntad dél, o como de un cuerpo muerto que donde le llevan va sin repugnancia ninguna".

Pero para conocer más claramente el pensamiento y la fraseología de Ignacio copiaremos las mismas palabras que escribió en la Parte 6, Cap. 1. N° 1 de las Constituciones: "Cada uno de los que viven en obediencia se debe dejar llevar y regir de la Divina Providencia por medio del Superior, como si fuera un cuerpo muerto, que se deja llevar adondequiera y tratar como quiera, o como un bastón de hombre viejo, que en donde quiera y en cualquier cosa que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve".

¿Ignorancia o malicia?.- Los impugnadores de la Obediencia de San Ignacio al preguntárseles si han leído sus escritos o cuando menos el párrafo y contexto en que se halla encasillada la comparación, COMO UN CUERPO MUERTO tienen ordinariamente la franqueza de confesar que "nada de eso han leído". Repiten, pues, lo que han oído o leído, sin preocuparse mucho ni poco de su verdadero contenido y alcance. Que lo impugnen algunos rebeldes para sacudir el yugo de la Obediencia es explicable; que lo repitan como loros, quienes no tienen formación, ni son capaces de aquilatar el valor de una frase, se comprende. Lo que no

lícne explicación es que clérigos cultos en el año del Señor de 1955 estampen serenamente que "el obedecer como un cadáver no es humano". Conformes: ¿pero quién lo ha dicho y en qué sentido lo ha dicho?

La comparación.- Aunque muchos atribuyen la paternidad de esas comparaciones a San Ignacio, cualquier medianamente versado en literatura ascética sabe que eran muy usuales en los primeros siglos. Es natural que el hombre perciba las relaciones que median entre diversos seres y que las compare entre sí. Ve simultáneamente entre ellas semejanzas y desemejanzas y prescindiendo con su poder abstractivo de las unas, concentra su atención en las otras. En una comparación, por su mismo carácter parcial, no se afirma ni la identidad ni la igualdad, sino la coincidencia en un punto concreto nada más. Coincidencia que se designa frecuentemente con la expresión de "tercio de la comparación". Cuanto sale de ese punto estricto de convergencia, no entra en la comparación, porque constituye el campo de las divergencias. La frase "un hombre valiente como un león" alude al sentido concreto de bravura en el pelear, pero sería un despropósito si fuéramos a deducir que lucha con melena o a cuatro patas. Esto que parece tan de sentido común lo han olvidado muchos y han llegado a conclusiones disparatadas.

San Ignacio.- Este pundonoroso militar, una vez convertido, respondía en los planes de la Providencia a una situación especial creada por la rebelión protestante. El libre examen rompía los vínculos con Roma. Cada uno se valía para sí y la sociedad no tenía razón de ser sobre todo en el campo religioso. Contactos directos con Dios hacían innecesarias autoridades intermedias en el campo dogmático y moral.

Para Chesterton, la presencia de algunos hombres que surgen en las horas críticas de la Iglesia trae un mensaje que se distingue por su carácter diametralmente opuesto al espíritu de revuelta. Si Lutero proclamaba la absoluta independencia, Ignacio propugnaba la absoluta dependencia. Si el ex-fraile fomentaba la rebeldía y aflojaba o rompía los nexos con Roma, Ignacio urgía la obediencia y apretaba con nudos más estrechos la unión con el Papa.

En la Obediencia ignaciana toma parte activa todo el hombre, con su cuerpo, su voluntad e inteligencia. Son los

tres actos ascendentes en perfección que distingue. Para él, la mera ejecución de lo mandado, sin que actúen en ello la voluntad y la inteligencia es de una alcación tan baja, que no le merece el menor aprecio. "También deseo, dice, que se asentase mucho en vuestras ánimas, que es muy bajo el primer grado de obediencia, que consiste en la ejecución de lo que es mandado, y que no merece el nombre, por no llegar al valor de esta virtud si no se sube al segundo, de hacer suya la voluntad del Superior; en manera que, no solamente haya ejecución en el efecto, pero conformidad en el afecto con un mismo querer y no querer".

Pero dando un paso más, quien se contenta con la mera ejecución y con el mero acoplamiento de su voluntad con la del Superior, dejando marginada la identidad de parecer o juicio, apenas merece el nombre de obediente. Con gráfica expresión repetía el Santo: "El religioso que tiene obediencia de voluntad y no de entendimiento, no tiene sino un pie en la religión".

Llega a la cumbre de todas las exigencias quien, avanzando más, sintoniza, en acorde perfecto, su inteligencia con la del Superior. "Pero quien pretende hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, además de la voluntad, es menester que ofrezca el entendimiento (que es otro grado y supremo de obediencia), no solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mismo con el Superior, sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento".

Puesto este principio, comienza un estudio concienzudo de las ventajas que esto reporta y de los medios tanto generales como particulares que sirven para llegar a esa meta y constituyen el holocausto, es decir, la inmólación total de la Criatura al Creador por medio del Superior. Fallar en esto es automáticamente desposeer a la obediencia de sus buenas cualidades y crear entorpecimientos y dificultades que harán su práctica más difícil y aun imposible. Precisamente para indicar esta idea y ponerla de relieve usa el Santo en sus escritos de cinco comparaciones: 1º) "el Crucifijo pequeño que se deja volver de una parte a otra sin dificultad alguna"; 2º) "para dejarme menear y gobernar así como se deja traer una pella de cera"; 3º) "como una estatua la cual no resiste en cosa alguna, cuando y porque le quiten sus cubiertas"; 4º) la del "bastón de hombre viejo";

5º) la de "como un cuerpo muerto"; siendo estas dos últimas las preferidas.

Siempre, pero mucho más en nuestros tiempos en que la mecánica desarrolla velocidades ultrasónicas, entre los problemas más serios figura el de la lubricación. Porque la fricción de ejes y piezas desarrolla tal calor y causa tal desgaste que instantáneamente se produce o la fusión o el desajuste de las piezas. Con un medio aislador que evite el contacto inmediato entre las piezas giratorias y al mismo tiempo facilite la rotación, queda solucionado el problema. A eso aspira San Ignacio en la Obediencia; a evitar fricciones que entorpezcan el movimiento; a eliminar roces que anulen el acoplamiento total entre el mandato y la obediencia; a ajustar Superior e Inferior en su respectiva esfera de suerte que la autoridad funcione suavemente impulsando y la sumisión actúe dócilmente ejecutando. De vivir en nuestros tiempos en que el problema "fricción" es de altísima técnica, tal vez se hubiera apoyado en él.

Si analizamos las cinco comparaciones notaremos en que hay en todas ellas un punto de convergencia; hay un mismo "tercio de comparación". Ni el crucifijo, ni la pella ni la estatua ni el bastón, ni el cadáver oponen resistencia al que los maneja; tampoco el obediencia al que los maneja; tampoco al Superior. El cuerpo se deja "llevar a dondequiera y tratar como quiera"; el bastón de hombre viejo "en donde quiera y en cualquier cosa que del ayudarse el que te tiene en la mano, sirve". Esto y sólo esto y nada más que esto debe buscarse en la comparación.

Y es admirable el análisis que el Santo hace de esa falta de acoplamiento de juicio que genéricamente se transforma en resistencia, y que va puntuajizando sutilmente. Porque de esa divergencia mental, necesariamente brotarán actos interiores y exteriores. No puede haber satisfacción interna en me-

dio de esa pugna de ideas; ni alegría con el estallido de lucha dentro del alma; ni presteza para la acción que, con ese frenazo, se irá posponiendo hasta lo último; ni diligencia una vez puesta en marcha la ejecución. Con toda esa fricción interna saltan al exterior los efectos que, unas veces, tomarán la forma de críticas, otras veces sutilmente se transformarán en subterfugios para esquivar en lo posible el sometimiento a la mera ejecución. En estilo conciso y denso indica todo ese proceso el Santo: "Hay en el obedecer, si el juicio no se ejecuta, descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas y otras imperfecciones e inconvenientes grandes que quitan su valor y mérito a la Obediencia".

Conclusión.- Es claro que, a través de todos los escritos ignacianos, donde este tema salta a cada paso, se desprende con evidencia total que el acto de obediencia, ajustado a sus normas, es profundamente humano:

Humano, porque lo ejecuta el hombre

Humano, porque lo quiere el hombre

Humano, porque se identifica el hombre con el hombre, mediante una libre y perfecta armonía de juicio.

La presencia de un cadáver, ausencia de movimiento en el cuerpo, de impulso en la voluntad, de fulguración en la mente, no tiene puesto en medio de esa bullente vitalidad. Se trata de un manifiesto error en la interpretación. Y el error consiste en que, sacando la comparación fuera de su punto de convergencia, se la arrastra al campo ilimitado de divergencias. Acierta Aicardo al afirmar: "Con estas comparaciones lo único que desea inculcarnos es la facilidad con que debemos dejarnos dirigir de la Obediencia, pues este es el punto de la comparación y hasta en retórica se tiene por inepto el sacar las metáforas y símiles de sus quicios, queriéndoles buscar más analogías que las pretendidas por el autor".

VICTOR IRIARTE, S. J.

